

EDUCACIÓN PARA LA CULTURA DE LA VIDA
María del Rosario Encinas Guzmán
(Universidad de Extremadura)

1. Introducción

Cuando nos planteamos la situación de la mujer en relación al aborto, y como ha evolucionado la sociedad en estos veinte años en que lleva aprobada su despenalización en España, no podemos dejar de plantearnos también qué es lo que ha propiciado el que fuera posible tolerar un crimen. Pero si pensamos en términos de hoy, sabemos que desde la ONU y desde la UE se está promoviendo una cultura antinatalista que pretende que el aborto sea un “derecho humano”. ¿Cómo es posible haber llegado a esta situación de degeneración para que el asesinato de un inocente sea considerado un derecho a alcanzar y respetar? Cuando observamos la naturaleza es raro ver conductas animales que propicien la muerte de los de la misma especie, sólo una situación desesperada de supervivencia puede llevar a ella. ¿Es que está la humanidad en peligro de extinción? Es más, la conducta observada en madres animales es la defensa de la cría hasta la ferocidad, y, en muchas, la pena y la depresión si las pierden. Pudiéramos pensar que las especies no humanas han desarrollado un alto concepto de si mismas, pero los animales sólo actúan por instinto, y su instinto les dice que siempre hay que defender la vida. Si un animal, que no piensa, está a favor de la vida, ¿cómo es posible que el hombre, capaz de pensar, capaz de sentir noblemente, capaz de racionalizar sus acciones haya llegado al extremo de matar a sus propios hijos en el vientre de sus madres antes de que nazcan? Si la evolución natural ha elegido un largo camino que asegurase la supervivencia de las crías mediante la protección que le confería el útero durante su desarrollo embrionario ¿en razón de qué el hombre decide romper con este paso evolutivo que ha tardado en consolidarse 3.500 millones de años desde que se instauró la vida en nuestro planeta?

Lo que ocurre es consecuencia del raciocinio propio de *Homo sapiens* que le ha llevado a dominar el Universo y a creerse su dios, capaz de decidir por sí mismo qué es bueno y qué no, romper con las leyes de la naturaleza, erigirse en juez de la vida y de la muerte. Pero lo que realmente delata es el desconocimiento de la evolución de la vida y del comportamiento animal, y sobre todo de la verdad del hombre (unidad relacional de soma, mente y espíritu). Se acepta un darwinismo social cuando el biológico está cuestionado. Y se acoplan los planes de educación a estas nociones confusas y carentes de fundamento. Estamos ante una cuestión antropológica: ¿qué es el hombre?, una pregunta que de entrada está ya mal formulada porque el hombre sólo responde a un “quién” y no a un “qué”; de la respuesta que demos dependerá el futuro de la humanidad. Mientras, nuestra dignidad está en juego.

2. Hablemos del hombre

No es este el foro idóneo para entrar en cuestiones antropológicas de detalle sobre el hombre y la evolución humana, pero los derroteros que está tomando la humanidad en estos momentos son tan preocupantes que antes de hablar de la defensa de la vida hay que conocer los entresijos de la propia vida. *Homo sapiens* es producto del largo camino de la materia-energía en el continuo espacio-tiempo tras el *Big Bang*; en su cuerpo recapitula toda la historia del cosmos: una historia de afinidades y de cooperación, como ha puesto de manifiesto la moderna ciencia. El altruismo instintivo ha sido clave en la

historia que conduce al hombre, pero también ciertos pasos evolutivos como la aparición de la placenta mamífera. Cuando aparece *H.sapiens* en la escena, lo hace en una familia nuclear de hombre-mujer, monógama y fiel, como forma de ayudar a la supervivencia de una cría que, debido a la encefalización y a la bipedestación, es prematura al nacer. Este acontecimiento, que aparentemente podría hacer pensar en un *handicap* para la supervivencia de la especie, no sólo facilita el paso a través del canal del parto sino que permite al embrión humano crecer y madurar al exterior en contacto con múltiples estímulos que impregnan su cerebro mientras recibe los amorosos y necesarios cuidados de los padres.

Desde que la vida apareció hace 3.800 millones de años, ha ido evolucionando en su defensa, cada paso evolutivo era una nueva estrategia de supervivencia. Y... hace 150.000 años aproximadamente, surgió una nueva especie en la Tierra: *Homo sapiens*. Una especie que es una auténtica revolución biológica con su alta y recta frente, su cráneo esférico, y su capacidad de hablar, de pensar, de aprehender el tiempo y el espacio, de descubrir, de innovar... que se trasciende a sí misma, que está dotada de entendimiento y voluntad, de libertad, de capacidad de amar hasta dar la propia vida, de captar la belleza, la bondad, la verdad y la justicia. Con *H.sapiens* se empieza a desarrollar por primera vez en el Universo el arte, la religión, la ciencia y la cultura, lo que llamamos civilización. Se dice que este hecho fue posible por la aparición del verdadero lenguaje ya que el lenguaje permite expresar el mundo interior y el mundo exterior, transmitir información a nuestros semejantes en sentido vertical y horizontal, aprender y enseñar a través de un proceso educativo que recoge el testigo del genoma para que la evolución continúe, una evolución que a partir de ahora es evolución cultural. Pero en el hombre hay un “algo-más-no-material” más allá del lenguaje que es lo que nos hace ser, algo que empíricamente no comprendemos pero que no podemos negar. Transmitir información a un “tú” no implica amar a ese “tú”. Y es un hecho comprobado que el hombre ama, su inconsciente espiritual le impulsa al amor. Por eso la educación, la evolución cultural, es sólo humana; los animales enseñan y aprenden de forma instintiva. La verdadera educación es un acto de amor más allá de la mera instrucción.

3. La evolución cultural: un proceso educativo

Hablar de educación, por tanto, es hablar del hombre, donde únicamente este proceso es voluntario, consciente, libre y reviste cierta finalidad, obedece a ciertos objetivos. Tal vez tendamos a pensar que los primeros hombres tenían poco que enseñar, pero el primer *Homo sapiens* era un hombre como los de hoy. Aquel hombre, como cualquiera de nosotros, tenía la facultad de pensar, de contar sus experiencias, de enseñarlas. Desde el principio de su aparición sobre la Tierra está asociado con la religión, el arte, los avances tecnológicos... con el sentido de la vida y con el sentido de la muerte. Sabe de su finitud, y sabe del valor de la vida y la sacraliza, por eso encontramos tempranos modos de enterramiento asociados a un concepto de trascendencia que todavía no sabemos interpretar. El primer hombre ya se resistía ante la muerte y veneraba la vida. La prueba es que se han detectado en los fósiles grandes muestras de solidaridad y altruismo. Para él valía tanto la vida de un enfermo como la de un anciano, la de un adulto como la de un recién nacido, según nos detallan los estudios de las primeras sepulturas. Las más primitivas estatuillas femeninas encontradas, las llamadas “venus”, nos hablan de la importancia de la fecundidad y de lo enaltecida que era la mujer

embarazada. Todo indica que en las primeras sociedades humanas las generaciones se sucedían unas a otras con la idea de la defensa de la vida. La evolución cultural, cuando recoge el testigo de la evolución biológica, no difiere de ésta en cuanto a su finalidad: es un nuevo canto a la vida desde la conciencia reflexiva, la libertad, la voluntad y el amor.

Si repasamos la historia de la humanidad, nos damos cuenta de que a pesar de que han ocurrido guerras terribles (sobre todo a partir del Neolítico), de que se han aplicado tormentos insufribles, de que se ha asesinado, esclavizado, etcétera, ha habido momentos de luz, tal vez provocados por el horror y el espanto de nuestros propios actos, o por la necesidad de amar para dar sentido a nuestra vida. Nuestra historia es un camino de descubrimiento paulatino de la verdad, un esfuerzo por reconocer la dignidad humana: Ya hace veintiocho siglos, en el *Código* de Hammurabi, quedó recogida la preocupación por los más débiles. La *Biblia* es un bello poema donde el hombre es imagen de Dios-Amor: guardián de la vida y propagador de ese Amor. La *Declaración de los Derechos Humanos* de la ONU (1948), tras los horrores de las dos grandes guerras mundiales, es un intento de parar la barbarie y apostar por la vida. Todo parece indicar que la civilización es la defensa de la vida, especialmente de la vida humana.

Sin embargo, a partir de 1974 (Informe Kissinger) aparecen en escena políticas antinatalistas que, con carácter vinculante, promueven desde la ONU la necesidad de implantar el aborto y la esterilización para frenar el crecimiento de la población humana y extender el “estado del bienestar”. A la par que surgen movimientos ecologistas y animalistas que defienden la vida de animales y plantas, al hombre, reducido a su estatus biológico, se le cercena y se le decapita. En nombre de los derechos humanos y del progreso, de la defensa de la naturaleza, se niega el derecho a la vida al propio hombre en sus estadios de mayor indefensión y debilidad, contraviniendo así a la propia evolución natural (cósmica, biológica o cultural) que se dirige siempre hacia la defensa de todo tipo de vida, especialmente a asegurar el nacimiento de las crías y la propagación de la especie. Aparece así la “cultura de la muerte”.

Consecuencia del materialismo es el transhumanismo, que defiende que todo lo que se pueda hacer ha de hacerse, y si eso significa matar o convertir al hombre en mercancía u objeto de experimentación se hará. Para esta filosofía, la nueva forma de evolución se basa en los avances de la ciencia y de la tecnología, y si el hombre es un obstáculo habrá que prescindir de él. La evolución ha de seguir, ha de llevar a nuevas formas de vida “transhumanas”, tal vez superpotentes ordenadores autotrascendentes capaces de dominar el Universo y alcanzar la inmortalidad. El hombre, en este modelo de futuro, sólo sería el eslabón de la cadena evolutiva que facilitaría ese paso hacia la ¿vida? inmortal. Se da así apariencia de progreso a la cultura de la muerte.

Pero como todavía nos movemos entre hombres, el mecanismo de evolución a utilizar es la educación. Y el futuro de la humanidad dependerá del tipo de educación que se dé. Un futuro materialista pasa por deshumanizar al hombre. Un futuro abocado a consolidar el “estado del bienestar” pasa por diezmar la población humana. Un futuro transhumano pasa por reducir la persona a objeto de experimentación. En cualquier caso exige una educación cuyo fin sea la aceptación del hombre como mera tuerca de un engranaje superior de la que en cualquier momento se puede prescindir, de rebajarlo, de despojarlo de su dignidad. ¿Es este la nueva evolución cultural: atentar contra la vida humana bajo barniz de progreso y falso humanitarismo?

A juzgar por las legislaciones imperantes y las propuestas de derechos humanos, la respuesta es un clamoroso “sí”. Los nuevos planes educativos niegan la verdad del hombre. Los medios de comunicación, los nuevos maestros, proponen un hombre “light”. Una auténtica educación debe formar personas, no marionetas indefensas, por eso ha sido posible que se convirtiera en el motor de la evolución cultural y diera pie a nuestra civilización, porque el hombre, a pesar de su caída continua en crímenes y guerras, siempre ha sabido levantarse y dar un paso más en la defensa de la vida y de la humanidad, de dar un paso hacia el amor. Decía S.Juan Bosco, y de educación sabía un rato, “*recordad que la educación depende de la formación del corazón*”. Luchemos ahora que hay tiempo por una verdadera educación. Demostremos que el corazón del hombre late, porque si dejare de latir se acabaría la vida.

4. Recapitulación: ¿Por qué es necesario educar para la cultura de la vida?

La evolución de la materia es el camino hacia la evolución de la vida, y la evolución de la vida carecería de sentido si al final no hubiera aparecido en la Tierra un ser vivo libre capaz de amar: *Homo sapiens*. Fueron precisos diez mil millones de años a partir del *Big Bang* para que apareciera la vida, y casi cuatro mil millones de años más para que apareciera el hombre: un largo parto. Desde que nuestra especie existe el lenguaje, la palabra, sustituyó a los genes como forma de transmitir la información de una manera mucho más eficaz: a través de un proceso educativo. Pero hoy asistimos a la perversión del lenguaje, que se utiliza para convencer, mediatizar e incluso matar. El lenguaje de hoy no siempre va de la mano de la verdad y, de forma sutil, manipula. La evolución cultural se está convirtiendo en involución en muchas ocasiones. Cada nuevo sistema educativo rebaja el grado de desarrollo humano bajo premisas de calidad y equidad. Si el objetivo general de la educación es la formación integral de personas en el más amplio sentido de la palabra, hoy sólo aspira a crear buenos ciudadanos conforme a *las cambiantes circunstancias exteriores* (LOE).

Hemos pasado de una educación encaminada a desarrollar las características definitorias de nuestra especie, a humanizarnos cada vez más, a un modelo basado en el consenso entre los diferentes países o ciudadanos que es capaz de tolerar y recomendar el crimen de los más débiles en aras del mal llamado progreso, a convertirlo en derecho reconocible. Es decir, la nueva evolución cultural transmite desinformación y muerte, y aspira a la inhumanidad so excusa de acabar con la intolerancia y la violencia. La aceptación del constructivismo ha llevado a creer que podemos “hacernos” violando nuestra propia biología y la ley natural: a hacernos negándonos. Se pretende así forzar a los niños hacia aberrantes modelos culturales sin ese “lastre de primitivismo”. La ética de consenso propuesta, relativista, responde a la creencia en una variable moral plural en la que todo cabe (borrador de la asignatura *Educación para la Ciudadanía*).

Una verdadera educación busca el camino de la verdad si realmente quiere formar personas. Y la primera verdad que hay que aprender es que todo ser humano es una persona desde el cigoto a la muerte, indistintamente de sus condiciones físicas y de la fase de su vida en la que se encuentre, e indistintamente de que ese cigoto sea producto de un proceso natural de fecundación, de fertilización *in vitro* en un laboratorio, o de clonación por transferencia nuclear; o de que esa persona esté sana o enferma. El valor de la vida humana está por encima de cualquier política por muy humanitaria que se venda, por muy consensuada que esté. Esto significa que la

educación siempre ha de defender la vida de los seres humanos. Si la palabra no es la verdad es la muerte. El auténtico progreso, el que hará que la evolución continúe su marcha hacia la verdadera humanidad, es la defensa de la vida humana. Un progreso, por tanto, que sólo puede ser amor. Sólo un auténtico amor agápico unirá entre sí fraternamente a toda la humanidad para encarar un futuro más humano, para superar esta civilización egoísta y transformarla en la civilización del amor, la verdadera civilización. La educación, el motor de la evolución cultural, ha de ser entonces educación para la cultura de la vida. Es preciso que el hombre viva, que viva de verdad.

En el mundo de hoy impera una cultura de la muerte que puede llevar a la destrucción del hombre. Seguramente, si el hombre desaparece, no desaparezca la vida en el planeta todavía, pero el universo continuará inexorable la marcha hacia su final, hacia su consumación fría y oscura a medida que aumente la entropía. ¿Qué sentido tendría un universo sin personas humanas, sin la inteligencia capaz de salvarlo de su suerte, sin los únicos seres capaces de amar? ¿No sería más inteligente salvar al hombre por amor y, por amor, igualmente, cooperar en la evolución del universo? Se habla mucho de problemas ambientales, todo se les subordina. Pero los recursos de la Tierra son todavía muy desconocidos, con una buena gestión y el actual desarrollo tecnológico podríamos dar de comer a una población mundial más del doble de la actual, podríamos frenar la contaminación. El clima de la Tierra no ha parado de variar a lo largo de los 4.600 millones de años de su historia, no existe clima normal, y el hombre, se adaptará como lo ha hecho en otras ocasiones. Y cuando se habla de pérdidas de biodiversidad, se olvida que el ser humano indefenso y débil es hoy la especie viva más amenazada dados los múltiples genocidios que de forma interrumpida se están practicando en todo el mundo. Políticas encaminadas a preservar la vida humana podrían llevar aparejadas soluciones que permitieren el verdadero e integral desarrollo humano cuidando la Tierra. No podemos justificar las matanzas de inocentes y la esterilización de pueblos enteros bajo las actuales banderas del cambio climático y del desarrollo sostenible, que encubren perversos programas de salud reproductiva (Carta de la Tierra, objetivos de desarrollo del milenio, y otros documentos y estrategias de la ONU).

Hay que volver a defender la vida, la de cualquier hombre en cualquier estadio de su desarrollo, la de cualquier pueblo y la del planeta. Hay que volver los ojos hacia las verdaderas situaciones de injusticia. Hay que buscar un modelo de desarrollo tecnológico compatible con la verdadera evolución humana: hablar del último paso de la evolución del universo es hablar de evolución humana. Y la humanidad sólo puede progresar de la mano de la verdad y del amor. Nadie se puede erigir en juez de nadie como para dictaminar si puede vivir. El primer derecho fundamental reconocido en la *Declaración Universal* de 1948, todavía vigente, es el derecho a la vida de todo ser humano (aunque se proponga sustituirlo por el “derecho a elegir”), y un ser humano aparece cuando se une un óvulo humano con un espermatozoide humano, y se desarrollará mientras la muerte no acabe con él. Urge educar a las generaciones futuras en la realidad del hombre, en su dignidad, en el respeto y la defensa de la vida.

¿Por qué hay que educar para la cultura de la vida? Porque la educación no puede ser evolución regresiva que convierta al hombre sólo en un ser egoísta plegado a sus instintos y deseos. Ni castradora, reprimiendo el inconsciente espiritual. Porque hay que enseñar a amar, sólo el amor da sentido a la vida. Porque hay que salvar al hombre y defender la verdad. Por mucho que queramos anular su humanidad, el hombre nunca será materia pura, y su inconsciente espiritual le lleva hacia el amor. ¡Ayudémosle!